VII

LA ESPADA DE LAGARDÈRE

— ¡El Rey! — anunció de repente un ujier, abriendo la puerta de las habitaciones.

Instantáneamente, vaciáronse todos los salones y la gente se precipitó hacia el en que acababan de entrar Luis XV y madama de Pompadour acompañados del duque de Richelieu.

La marquesa estaba más encantadora que nunca, y en vano se hubieran buscado en sus facciones las huellas de la crisis de la mañana.

En seguida se vió rodeada de damas que la atrajeron hacia sí y se quedaron con ella.

Luis XV continuó adelantando entre la multitud que se inclinaba á su paso, caminando despacito en compañía del señor Richelieu, con el cual hablaba.

— ¿Va á venir aquí, á Trianon, esta misma noche, la duquesa de Lagardère? — le preguntó.

— Sí, Sire. Sabe que Vuestra Majestad está aquí, y

desea presentarle á su hijo, al que quiere también presentar á toda la corte.

— Será muy bienvenida. Nunca he tenido el honor de verla, y me agradará mucho su visita.

Se habla mucho de su belleza.

— En efecto, es una de las mujeres más hermosas de Francia, Sire.

El rey se sonrió.

— Esa palabra podría servirle de patente, porque usted es inteligente en la materia, duque.

El duque de Richelieu no pestañeó. Sabía que aquel cumplido no se dirigía tanto al gusto que indicaba en sus conquistas particulares como al que había demostrado al distinguir á madama de Pompadour.

Más tarde, para conservar su fama de inteligente y conocedor, descubrió á la que fué señora de Berry.

Luis XV preguntó más seriamente :

— ¿Qué edad tiene su hijo?

— Creo que veintiuno ó veintidós años.

— Según usted me ha dicho, es muy rara la historia de ese muchacho ; yo no la sabía.

Me acuerdo perfectamente, aunque no tenía yo entonces más que diez y siete ó diez y ocho años, de la muerte de su padre, el conde Enrique de Lagardère, asesinado en la Explanada de los Inválidos. El señor de Fleury me la ha contado varias veces.

Y hasta me ha hablado con frecuencia de las proezas efectuadas, en tiempo del Regente, por el que llamaban el bello Lagardère y también, á veces, la primera espada de Francia.

Parece ser que era un hombre muy extraordinario.

— Lo era verdaderamente, Sire : y su última acción quedó grabada en todas las memorias. Ya se la habrá contado también el señor de Fleury.

— Espere... ¿un duelo con el príncipe de Gonzaga, á consecuencia del cual fué creado conde?

— Eso es, y he aquí las propias palabras del duque de Orleáns, tío de Vuestra Majestad, al conferirle el título :

« Conde de Lagardère, sólo el rey, cuando sea mayor, puede hacerle duque de Nevers. »

Luis XV, que andaba medio paso delante de Richelieu se paró y le preguntó :

— ¿Eso dijo el Regente?

— Sí, Sire.

— ¿Y por qué no me lo han recordado nunca?

— Sire, el conde de Lagardère murió antes que Vuestra Majestad llegase á la mayor edad.

— ¡Ah! Es verdad. Y veo que hubiera sido inútil decírmelo. Pero no por eso olvidaré las palabras del duque de Orleáns.

Luis XV y Richelieu habían llegado al lugar en que se hallaban las mesas de juego.

El rey se sentó á una é indicó con la mano al duque de Richelieu que podía volverse al palacio.

Pero éste, que quería asistir á la recepción de la condesa hízose el desentendido y preguntó :

— ¿Me permite Vuestra Majestad hacerle la partida esta noche?

— ¿Usted, señor duque?... ¿Y su guardia?

— La reina me la ha levantado.

— ¿Es verdad?

— No miento nunca, Sire, ya lo sabe Vuestra Majestad — respondió Richelieu con imperturbable sangre fría.

Luis XV soltó la carcajada.

— Bueno, sea, quiero creerle; en medio de todo puede ser que, por casualidad, diga usted la verdad una vez.

Y los dos empezaron á jugar.

La carroza de la condesa de Lagardère acercábase rápidamente á Versalles

Aurora y su hijo, impacientes por vengar el asesinato del conde, no cesaban de dar prisa al cochero que, por su parte, estimulaba á los caballos lo mejor que podía.

Sin embargo al llegar á la cuesta de Sevres tuvieron que refrenar la marcha

De repente á la mitad de la cuesta un jinete que venía en sentido inverso á todo galope, se detuvo ante la portezuela de la carroza é, inclinándose en la silla, preguntó con marcado acento langüedociano :

— ¿Tengo el honor de hablar á la señora condesa de Lagardère y á su hijo?

— Sí, señor — respondieron simultáneamente Aurora y Felipe, extrañados por la inesperada presencia del desconocido.

Bersac, pues se habrá adivinado que era él, dirigióse entonces al joven, como se lo había recomendado Peyrolles, y le dijo en misterioso tono :

— Señor conde, vengo á avisarle qne una joven á quien usted conoce, la señorita de Chaverny, ha sido raptada esta noche por el señor Fonty, capitán de guardias franceses.

— ¿Qué dice usted? — exclamó Felipe, saliendo de la carroza. — ¿Han raptado á la señorita de Chaverny?

— Sí, señor conde.

— Pero ¿cuándo?... ¿cómo?. . ¿dónde?... — interrogó el joven invadido por indecible angustia.

Bersac recitó la lección que le habían enseñando y dió acerca del rapto los detalles inventados por Peyrolles.

— ¿Se ha refugiado con ella en París?

— Sí, señor conde, en París.

— ¡Madre!... — gritó Felipe loco de desesperación — volvamos pronto sobre nuestros pasos... Quiero salvar á Olimpia... ¡Oh!... ¡qué miserable!

É iba á dar al cochero orden de volver, cuando Aurora le dijo, reteniéndole :

— Hijo mío, ¿te olvidas de lo que me has prometido, y quieres anteponer tu amor al deber?

— ¡Por piedad, madre mía!... — suplicó Felipe. — ¡Piense uste! que se trata del honor de Olimpia... mi prometida... mi mujer, pronto!

— Ya lo pienso, hijo mío, y, como tú, estoy desesperada; pero la misión que tenemos que cumplir no puede retrasarse un momento...

Luego, más bajo, para que sólo la oyera él, añadió :

— ¿Quieres dejar un día más la muerte de tu padre sin castigo?

Violenta lucha se efectuaba en el alma de Felipe.

¿Debía, como decía su madre, anteponer el amor al deber?

Permaneció indeciso algunos segundos, no sabiendo lo que decidir.

Ora creía ver á Olimpia agitándose entre los brazos de Fonty y llamándole en su auxilio...

¡Á Olimpia! la que él amaba y con la cual aquel mismo día pudo cambiar por vez primera tiernas palabras.

Ora era la sombra del conde la que se erguía ante él ensangrentada y parecía gritarle :

— ¡Véngame en el acto, Felipe! Ya he esperado demasiado tiempo... ¡Véngame esta misma noche... pues mañana tal vez sea demasiado tarde!

Aurora seguía ansiosamente en las facciones del joven las distintas fases de aquella lucha interior.

Pero no era mujer de mucha paciencia.

— ¿Me habré equivocado? — dijo tratando de dar á su voz cierta ironía. — ¿Serás tú de veras el hijo de Lagardère?

Al oír estas palabras, la fisonomía del joven adquirió una expresión de enérgica resolución.

Acababa de rechazar su amor á lo más profundo de su corazón para no pensar más que en la misión de justiciero que se había impuesto.

— Tiene usted razón, madre ; ¡el deber ante todo!...

Vamos á Versalles.

Bersac, que ya nada tenía que hacer junto á la condesa y su hijo, regresó á Trianon.

Llegó allí casi un cuarto de hora antes que Felipe y su madre.

Zeno y Peyrolles no dejaban de estar inquietos á pesar del subterfugio intentado para evitar la visita de aquellos.

No se ocultaban que estaban perdidos si llegaba la condesa con su hijo.

El joven reconocería en ellos á sus asaltantes de la víspera y los desenmascaría á la vista de todo el mundo.

Y ese era su único temor.

Estaban, en efecto, uno y otro, á cien leguas de saber el objeto que llevaba á la condesa á la corte aquélla noche

Peyrolles sabía que Lagardère murió sin poderlo denunciar. Por esa parte podía, pues, creerse al abrigo de todo peligro.

En cuanto á Zeno, ignoraba el asesinato cometido por el anciano.

Pero lo que temían era ya lo bastante para hacerlos suponer una caída inevitable.

Así que vieron á Bersac, le interrogaron.

Al saber que Aurora y Felipe estaban á corta distancia, fueron presa de extremado pavor.

— No nos queda mas recurso que huir. — dijo Peyrolles.

— Y muy pronto — añadió Zeno, que, uniendo la

acción á la palabra iba á salir sin cuidarse de si le seguía su cómplice, cuando se vió detenido por este último.

El viejo se asía á sus vestidos, diciendo :

— ¡Deténgase, deténgase, caballero! — nos queda aún un medio de volver á ganar todo el terreno perdido.

Zeno tuvo que refrenar su paso.

— Escuche — continuó diciendo Peyrolles; — aunque menos ágil que usted, saldré de aquí, se lo juro, y ya que á grandes males hay que oponer grandes remedios, juguemos nuestra venganza á una última tirada de dados.

Sé que mañana por la noche, la condesa de Lagardère abrirá sus salones, para celebrar la vuelta de su hijo.

Procúrese usted treinta buenos mozos; en su garito encontrará fácilmente esa mercancía. Prométales el precio que quiera, porque siempre tendrá con que pagarles; luego, penetraremos con ellos por segunda vez en los jardines por el pozo del callejón; mire, tenga usted la llave; la he cogido del cuarto de Bathilde.

Nuestro primer cuidado será pegar fuego al hotel, y ya sabe usted lo que puede hacerse á favor del incendio...

Habían llegado á la puerta de salida é iban á franquearla, cuando distinguieron á pocos pasos de ellos al conde de Lagardère y su madre que se disponían á entrar.

Entonces se echaron vivamente hacia atrás y, por

miedo á que los recién llegados los descubriesen, volvieron al lugar donde estaban un momento antes.

— Separémonos — dijo Zeno desasiéndose con un movimiento brusco; — hasta mañana por la noche, señor Giam-Batista.

— Hasta mañana por la noche — replicó Peyrolles; — y sobre todo, ócurra lo que ocurriere, no olvide los treinta hombres... La cita es en la puerta del pozo, cuya llave tiene usted...

El italiano se perdió entre la multitud dejando á su compañero muy perplejo.

Pensaba poder emprender la tan torpemente retrasada fuga, mientras la condesa y su hijo atrajesen la atención general.

Aurora y Felipe penetraron en los salones.

La condesa daba el brazo al joven.

Iba completamente vestida de negro, y no ostentaba joya alguna en los brazos ni en el cuello.

Él lucía el brillante uniforme de oficial de guardias franceses.

La muchedumbre curiosa se formaba en dos filas para ver pasar á la viuda de Lagardère y á aquel que tan milagrosamente le había sido devuelto.

Los y las que habían conocido al conde Enrique de Lagardère « el Pequeño Parisiense » creían volverle á ver en aquel joven de facciones encantadoras y finas, de aspecto tan noble y desenvuelto.

Y un simpático murmullo se elevaba de los grupos; y las mujeres acentuaban ese murmullo con exclamaciones de admiración.

Pero ni Felipe ni su madre parecían notar la curiosidad y las muestras de interés de que eran objeto.

Indiferentes á todo caminaban entre la multitud en busca de Peyrolles.

Ahora que se acercaba el momento de castigar al asesino del conde, una y otro estaban dominados por esa sola idea.

Lo demás se borraba ante sus ojos.

No se daban siquiera cuenta del lugar en que se hallaban ni de la gente que les rodeaba.

Muy pálidos, tenían ambos en la fisonomía impresa esa expresión rígida que reviste la de los jueces cuando están á punto de pronunciar una sentencia de muerte.

Poco á poco, produjose gran silencio, apenas cortado por las respiraciones reprimidas.

Se esperaba algo imprevisto, solemne, sin que, no obstante, se tuviera la menor sospecha de lo que iba á suceder.

Aurora y su hijo llegaron así al salón en donde estaba el antiguo factótum de Gonzaga, oculto en la sombra de una ventana, una de esas altas ventanas que existen todavía en las moradas antiguas; la misma junto á la cual había discutido con Zeno los medios de impedir la venida de la condesa.

Era el salón que precedía al en que se hallaba Luis XV, ocupado aún en jugar con Richelieu.

Al rey no le habían anunciado todavía la visita de sus nuevos huéspedes.

Apenas penetró allí Aurora, cuando, cual si poseyera el don de doble vista se llevó á Felipe hacia el lugar

que servía de retiro á Peyrolles y extendiendo el brazo hacia éste, dijo á su hijo, con voz potente que sonó cual fúnebre campana en medio del profundo silencio que reinaba :

— ¿Me preguntabas, Felipe, que te enseñase al asesino del conde de Lagardère? ¡Pues bien! ¡ahí está, delante de ti!...

¡Este miserable... este antiguo lacayo del príncipe de Gonzaga es quien, después de atraerlo á una emboscada, le mató cobardemente!

A ti te toca ahora, hijo mío... ¡Mátalo sin compasión!... ¡Venga en su sangre la de tu padre... tan traidoramente derramada!...

Sin decir una palabra, con un movimiento tan rápido como el relámpago, Felipe sacó la espada y se lanzó contra Peyrolles que, ahora, aparecía en plena claridad, iluminado por las luces de un candelabro que de sobre una consola acababa de coger el barón de Posen, el cual surgió junto á él como por magia, después de haber sorprendido en la oscuridad su conversación con Zeno.

El cobarde bandido parecía acoquinado.

Ante tan terrible acusación, de la que se creía libre para siempre, quedó como herido por el rayo, con la imaginación aniquilada, sin tener siquiera fuerzas ni idea para intentar una protesta.

El aliento se detuvo en todos los pechos; ningún grito salía, por lo muy profundo que era el estupor.

Cada cual sufría el efecto de una fascinación repentina y miraba á estos tres héroes del drama que iba á

desarrollarse : la condesa, con el brazo todavía extendido, Felipe con la espada levantada y Peyrolles medio arrodillado.

De repente, la multitud curiosa ondeó como un mar. Diez espadas acababan de desenvainarse porque un imprudente cortesano había gritado :

— El rey, señores; ¡salvemos al rey!

Esta frase fué pronunciada en el momento en que Luis XV, rodeado del marqués de Chaverny, el duque de Richelieu y del teniente general Hérault acababa de aparecer en el umbral de la sala de juego cuya puerta estaba muy cerca del hueco hacia donde se dirigía el joven teniente de guardias franceses.

Pero hubieran hecho falta más de diez espadas de corte para detener al discípulo de Passepoil que había dado cuenta de cinco maestros de esgrima.

Al querer interponerse para cumplir con su deber, el capitán de guardias, bruscamente empujado por el joven, que sólo veía su objeto, fué á caer, con gran escándalo de los suyos, detrás del barón de Posen, cuyo brazo seguía sujetando el candelabro.

Ahora, ninguna potencia humana podía salvar al antiguo factótum de Gonzaga que, con las facciones descompuestas, extraviados los ojos y vacilando como un hombre embriagado, buscaba contra la pared un punto de apoyo para no caer.

Ya apuntaba su cráneo la espada del joven, señalando, por decirlo así, el sitio en que iba á hundirse; ya en la sala sucedía al estupor la fiebre, cuando, de pronto, obedeciendo á un sentimiento más fuerte que

su voluntad, detuvo Felipe su impulso, bajó el brazo y quedo clavado en el suelo.

Estaba como fascinado y miraba con mezcla de horror y compasión al viejo ganapán que acababa de postrarse de rodillas y parecía clamar gracia, en tanto que su cabeza, cubierta de canas ejecutaba desenfrenada danza contra el hombro izquierdo.

En la sala agitábase la concurrencia; empezaba á producirse un murmullo, y algunas damas parecían casi indispuestas.

Los únicos que no se movían eran el barón de Posen. Felipe y su madre.

El primero estaba convertido en antorcha.

En cuanto á la condesa, con el brazo todavía extendido en rígida posición, seguía la escena con mirada severa y fría, extrañándose de ver titubear á su hijo.

El rey había apartado por señas á los gentiles hombres que se habían colocado entre él y el teniente, y adelantaba lentamente por el espacio que quedaba libre.

De repente, elevóse una voz sonora, dominando el murmullo que nacía.

— ¿Á que esperas, Felipe? — decía esta voz. — ¿Reniegas la venganza y vas á perdonar al asesino de tu padre?

El joven se volvió, al tiempo que su mano dejaba escapar el arma vengadora.

— ¡Madre!... ¡Oh madre! ¡perdóneme!... — dijo implorando; — pero, ¡por muy miserable que sea este hombre, la espada de Lagardère no puede deshonrarse tiñéndose con la sangre de un anciano!

Aurora bajó tristemente la cabeza, y una lágrima resbaló por sus mejillas.

En la multitud produjose una especie de expansión.

La angustia que nació al ver al joven arrojarse contra Peyrolles, con el arma hacia delante, se desvanecía, y todos se apresuraban á alabar la generosa conducta del oficial.

Durante ese tiempo, Felipe se había cubierto el rostro con ambas manos y murmuraba con acento de inconsolable dolor:

— ¡Dios mío! ¿Estaré maldito?

Sí — repitió con fuerza; — ¡estoy maldito! ¡porque, en un solo día, he engañado la confianza de mi madre, he renegado la venganza de mi padre y he perdido á la que amo!

Separó las manos, abrió los ojos y creyó soñar al verse rodeado por cuatro brazos, de los cuales, dos eran los de su madre, y los otros dos, blancos y perfumados, los de Olimpia de Chaverny.

— Yo le amo, Felipe — decía la joven; — es usted tan valiente como bueno.

— ¡Ah! Reconozco en ti al hijo de Lagardère — decía por su parte la condesa, cuya exaltación acababa de huir al ver la acción generosa del joven; — te quiero más aún, hijo mío, porque Enrique no hubiera procedido de otro modo.

En aquel momento, Luis XV franqueaba el círculo.

Acercóse á Felipe, que estaba encantado por haber vuelto á encontrar á su prometida y haber reconsquistado el cariño de su madre, y, tendiéndole su espada,

que había recogido el marqués de Chaverny, le dijo:

— Duque de Nevers, el Rey paga las deudas del Regente. Le agradezco que haya sabido dominar su resentimiento. Una valiente espada como la suya no debe, en efecto, desenvainarse sino contra los enemigos de Francia.

Y luego, añadió, dirigiéndose á Aurora:

— He aquí mi brazo, señora; la fiesta va empezar, le conviene á usted hallar de nuevo alguna alegría.

Al ver alejarse de él la muerte de tan inesperada manera, Peyrolles recobró un poco su sangre fría.

La diversión producida en la asamblea por la presencia de Luis XV desvió un momento las miradas que le dirigían, y él se aprovechó para abrir la ventana contra la que estaba recostado y deslizarse afuera.

Aquella daba á una escalinata de dos peldaños, que le bastó bajarlos para encontrarse en los jardines de Trianón, por donde se perdió fácilmente gracias á la oscuridad.

Cuando llegaron los guardias enviados para detenerlo, estaba vacío su puesto.

La entreabierta ventana les hizo comprender en seguida la estratagema del bandido.

Entonces se lanzaron en su persecución; mas en vano registraron bosquecillos y recorrieron en todos sentidos las alamedas, pues no pudieron echar mano al fugitivo y tuvieron que volver para anunciar el poco resultado de sus pesquisas.

Como puede suponerse, Peyrolles no les había esperado, y mientras le buscaban por los jardines ya estaba en el bosque de Versalles, en donde hubiera hecho falta una batida en regla para cogerlo.

El bandido escapaba una vez más al castigo de sus crímenes.